190
21/10.1124

OTOÑO

«MELANCOLÍA» EN UN ACTO

POR

SAMUEL BLIXÉN

INSTITUTO NACIONAL
DE INVESTIGACIONES
Y ARCHIVOS LITERARIOS

MONTEVIDEO

IMPRENTA ARTÍSTICA, DE DORNALECHE Y REYES

CALLE 18 DE JULIO, NÚMS. 77 Y 79

1901

C. 29/547

BIBLIOTECA NACIONAL
MONTEVIDEO

Á CARLOS REYLES,

en prueba del afecto que le profesa

EL AUTOR.

PERSONAJES

CELESTE (40 años). — Belleza «recalcitrante». Peinado severo á *bandeaux*. Traje austero, azul oscuro, de paño. Delantal blanco. Suma distinción; expresión de alta y serena bondad.

MENDIGA 1.ª (60 años). — Antipática, sucia, andrajosa. Tipo de la pordiosera descontentadiza y gruñona. Agil y ladina.

MENDIGA 2.ª (30 años). — Tipo doliente y enfermizo. Andar vacilante; tos persistente; expresión de cansancio y tristeza.

SERAFINA (20 años). — Sirvienta pizpireta, charlatana y entremetida.

MÁXIMO (50 años). — Elegantísimo; muy conservado. Viste con suma corrección. Aire reposado y sencillo. Afabilidad natural, elocuencia instintiva, sin afectación.

ERNESTO (45 años). — Un cualquiera; frívolo, buen mozo, bien vestido.

DON JOSÉ (70 años). — Viejo asturiano, pachorrudo y calmoso. Conserva en el habla el dejo nativo. Buen hombre, sencillo y rudo.

MIGUELITO (11 años). — Hombrecito travieso y malicioso. Usa pantalón largo.

MARÍA LUISA (10 años). — Mujercita sensible, intelectual y afectuosísima.

La acción: en Montevideo

OTOÑO

«MELANCOLÍA» EN UN ACTO

ACTO ÚNICO

La escena representa el vestíbulo de una casa de campo. Al fondo: gran vidriera, con una portada, también de vidrios, que estará abierta. Se ven los árboles amarillentos de un parque frondoso y el cielo teñido con los suaves y melancólicos matices de una tarde otoñal. Á la izquierda (del espectador), pared estucada, con una puerta en primer término y un vasto hogar en segundo. Bajo la campana de la chimenea hay fuego encendido, y arrimado al fuego, sobre un trípode, un perol inmenso de cobre. A la derecha, en primer término, y arrimado á la pared, el brocal de un pozo, con roldana, cadena y cubo. Junto al brocal, en el suelo, varias macetas con plantas. En segundo término, una puerta. Mesa rústica y dos sillas, á la izquierda; mesa más larga y banco de pino, á la derecha. Banco rústico en el parque, próximo y dando frente á la puerta de cristales.

ESCENA I

DON JOSÉ con una canasta, junto á la mesa de la derecha; SERAFINA, sacando peras de la canasta y colocándolas en fila sobre la mesa, en que habrá dos fruteras

SERAF. Veintidós, veintitrés... y con ésta, dos docenas justas.

JOSÉ Son Angulemas de las mayores. Fíjate en ésta. (Levantando una pera.) Por lo menos pesa dos kilos.

SERAF. Qué barbaridad!

JOSÉ Es del peral grande que está junto á la cerca... Por cierto que el tal arbolito me va á costar un disgusto...

SERAF. (Arreglando las peras.) Sí, eh?

JOSÉ ...por causa de ese demontre de Miguelito, que no respeta las órdenes de su tía. Veinte veces le he dicho que la señorita Celeste no quiere que trepe por los frutales. Como si tal cosa!... Esta mañana ha subido al peral, y el muy glotón se ha comido tres Angulemas... La cara que me va á poner la señorita!

SERAF. Como Vd. no se lo diga!

JOSÉ No se lo diré. Pero ella lo sabe... lo sabe todo. Cuando sale, de mañana, á pasear por el jardín, como es así... vamos... tan campechana y tan francota, siempre tiene conmigo su rato de plática... Pues me deja con la boca abierta. No se le escapa nada, nada... ni esto! (Mordiéndose la uña del pulgar.) Ella sabe que la parra del moscatel dió este año más racimos que el otro, y sabe cuantos huevos ha puesto la gallina ceniza, y cuantos días lleva ya la gallina torda sobre la nidada...

SERAF. Eso sí: es el alma de la casa. También... si no fuera por ella!

JOSÉ Es verdad: todo andaría á tropezones... El señor no se ocupa más que de sus cosas de pleitos y de política, y la pobre señora, que no puede moverse de su sillón, está siempre nerviosa y malhumorada.

SERAF. Está neurasténica.

JOSÉ Y qué viene á ser eso?

SERAF. Pues... una enfermedad con la cual la gente rica cree que puede fastidiar á todo

el mundo! (Limpiando las fruteras.) Ay! don José! ¡Qué infierno sería esta casa... si no fuera por la señorita Celeste!

JOSÉ Sí, que es buena como el pan.

SERAF. Mucho más!... Casi tonta de puro buena.

JOSÉ Serafina!... Te está mal hablar así de quien te considera y distingue...

SERAF. (Colocando la fruta en las fruteras.) Si esto no es hablar mal!... Pero digo que la señorita podría ser mucho más dichosa de lo que es... si pensando menos en los otros .. pensara un poco más en sí misma...

JOSÉ (Dejando la canasta en el suelo.) Que la señorita no es feliz? Y qué le falta?

SERAF. Pues... lo que á todas las solteras... casarse!

JOSÉ Casarse?... Y para qué quiere ella casarse?... Si se le antojara... ¡demontres!... no faltaría un ladino que acarreara con ella!... Pues poco hermosota que está la señorita!... Á veces, cuando la veo pasar de mañana por entre los árboles, mirando á las cosas como si les tuviera cariño, y con una sonrisa en los labios que parece una luz... ¡vamos!... te digo, Serafina, que me parece la misma Señora Virgen que había en la iglesia de mi pueblo cuando yo era mozo, y me pongo á cavilar si habrá bajado de su retablo, y si estará entre nosotros por capricho de bondad... para consuelo y alivio de los que sufren.

SERAF. (Riendo.) Don José!... Don José!... Que

habla Vd. como un enamorado... y á su edad... ya no le sienta!

JOSÉ Pues, mira... ¿sabes lo que digo?... Pues que es verdad!

SERAF. Con setenta años encima!... Pues dése Vd. un limpión!

JOSÉ Y qué tiene de particular?... De la señorita Celeste debe enamorarse por fuerza todo el mundo, porque sí, porque está en la tierra sólo para eso: para hacerse querer... Cuando tuve á mi nieto con aquellas viruelas que daban miedo... ¿quién pasó noches enteras velando al pobrecito y curando con sus blancas manos la asquerosidad de las llagas?... Fué *ella*. Cuando me escribió mi hermano por el embargo aquel que trabaron en su pobre terruño de Galicia, ¿quién me dió el dinero para redimir la deuda?... Pues, *ella!*... Y si es así, más buena que la Providencia misma, ¿qué te extraña que la adore como á una santa? (Recogiendo la canasta.) ¿Quieres saber más? Pues á veces, cuando estoy muy necesitado de alguna cosa y me da vergüenza importunar á Dios en el rezo de todas las noches... como con ella tengo más confianza... ¡vamos!... se lo rezo á *ella*... y me lo concede!

SERAF. (Concluyendo de arreglar las fruteras.) Chocheamos, chocheamos, señor José. (Corriendo hacia el hogar.) Ay! Que se me quema el dulce!... Ayúdeme Vd., hombre! (Separan el perol. Serafina revuelve con la cuchara de palo; luego prueba el almíbar.) No: todavía no tiene su *punto*... ¡Qué susto tan grande!... Si se llega á quemar, no me lo perdona la señorita.

JOSÉ La señorita lo perdona todo.

SERAF. Menos esto, porque tiene la vanidad de los dulces. Como el señor Máximo se case con ella, ¡ya tendrá dulzuras para rato!... Pero no se empalagará, porque es muy goloso. He notado, al servir la mesa, que siempre repite el postre.

JOSÉ (Bajando la voz.) Entonces, ¿tiene un pretendiente?

SERAF. Sí, hombre; ese que viene á cada momento; ese que es como hermano del señor... Uno alto, de bigote entrecano... Es literato, rico, y todavía *da golpe*, á pesar de sus cincuenta cumplidos... Es un buen partido para la señorita, que debe de haber pasado ya los cuarenta.

JOSÉ ¡Como si tuviera veinte!... Mira tú que á fresca y lozana... ¡vamos!... no sé quién pueda comparársele. Y algunas muchachas conozco, ¡ya lo creo! que se darían con una piedra en los dientes por tener sus ojos, y su palmito sin arrugas, y su... Mira: tú, por ejemplo, al lado de ella... pareces mucho más vieja!

SERAF. (Picada.) Señor José!... que exagera!

JOSÉ Y... éste es un decir... si estuviera en el caso de elegir entre las dos... ¡por éstas que son cruces... me quedaba con la señorita!

SERAF. Pues haría Vd. una gran barbaridad... (Con malicia.) se lo aseguro!

ESCENA II

DICHOS, MIGUELITO con un nido en una mano, MARÍA LUISA con un libro. Entran corriendo, por el fondo, con gran algazara.

M. L. Suelta eso!

MIGUEL No me da la gana!

M. L. Se lo voy á contar á tía Celeste!

MIGUEL (Haciéndole una mueca.) Cuentera!

SERAF. Pero ¿qué es eso?... ¿No saben que su mamita está enferma y que le incomodan los gritos?... (Va á cerrar la puerta de la izquierda.)

MIGUEL Es ésta!...

M. L. Es éste!... Él fué quien sacó el nido!

MIGUEL Y tú lo descubriste!

M. L. Pero yo te dije que no lo sacaras... que era mal hecho... que Celeste no quería...

MIGUEL Pero si está vacío! (Alzando la voz.)

SERAF. Más bajo, criaturas, que la señora va á asustarse!

M. L. Éste es el que grita... (Bajando la voz.) No puede hablar sin chillar.

MIGUEL Tú sí que tienes una voz de pito! Si abres la boca, es para hacer: (Chillando en falsete.) Hi! hi! hi!

SERAF. Silencio, por Dios!

JOSÉ (Que ha estado contemplando la escena.) Qué chicos éstos!... Son de la piel del diablo! (Vase hacia el fondo.)

MIGUEL Don José, don José!... (Alcanzándolo.) ¿No es verdad que este nido es de *chingolo?*

M. L. No es verdad que es de *ratonera ?*

MIGUEL (Tironeándolo por un lado y en voz baja.) Diga que es de *chingolo,* para hacer rabiar á esa mocosa...

M. L. (Tironeándolo del otro lado y en voz baja.) Diga que es de *ratonera*... y le ayudo luego á regar las flores!

JOSÉ Ésta sí que es buena!... ¿Á ver? ¿á ver? (Examina el nido con toda seriedad.)

MIGUEL ¿Á que es de *chingolo?*

M. L. ¿Á que es de *ratonera?*

MIGUEL ¿Qué sabes tú?

M. L. Pues tú menos, aunque te des aires...

JOSÉ Pues, señor... este nido es de...

MIGUEL *Chingolo!* (Batiendo palmas.)

M. L. *Ratonera!* (Saltando de alegría.)

JOSÉ (Deshaciendo el nido entre los dedos.) De pluma y de paja, como todos. Así quedarán contentos los dos. (Vase, riendo, por el fondo.)

ESCENA III

SERAFINA, MIGUELITO, MARÍA LUISA

M. L. (Recogiendo los restos del nido.) No ves?... todo por ti!... Y ahora quién lo compone?... Los pobres pajaritos se quedan sin casa!

MIGUEL (Mientras Serafina ayuda á María Luisa, se aproxima al tacho del dulce y mete dentro la cuchara.) Qué buen olor tiene esto!... De qué es?

SERAF. (Corriendo hacia él.) Miguelito!... Eso se mira y no se toca!... Que vas á voltear el tacho!... Que te vas á quemar! (Le sujeta el brazo.)

MIGUEL Déjame probar un poquito... una nadita de almíbar...

M. L. No... que Celeste no quiere!... Por atracarte de dulce estuviste enfermo la semana pasada.

MIGUEL Mentira!

M. L. «La boca se te estira!»

MIGUEL Tonta!... No fué por el dulce. Tuve *influencia*, como puede tener un *grande*.

M. L. (Riendo.) Ay, qué risa! *Influencia!* Sí, la *influencia* del dulce... sobre las lombrices!

MIGUEL También quiere saber de medicina esta doctora!

SERAF. (Que habrá estado acomodando, al fondo.) No podrán callar, por Dios!

M. L. Soy doctora... porque puedo enseñarte!

MIGUEL Á mí?... Toma! (Le saca la lengua.)

M. L. Serafina!... Eres testigo: me ha sacado la lengua!

ESCENA IV

DICHOS, CELESTE por la izquierda

CELESTE Pero, hijitos, qué voces son esas?... No saben que su madre necesita reposo?

SERAF. Ay, señorita!... Llega Vd. á tiempo. No hay quien los sujete.

M. L. (Con mimo.) No le creas, Celestita. (La abraza y la besa.) Ya verás cómo nos portamos bien.

MIGUEL (Hipócritamente, tomándole la mano.) Como unos santos.

SERAF. (Indignada.) ¡Si será pícaro!... (Á Celeste.) Lo hubiera Vd. visto hace un momento... ¿Quién le acaba de sacar la lengua á tu hermana?

MIGUEL (Con desenfado.) Yo.

SERAF. Y lo confiesa!

CELESTE (Sentándose junto á la mesa de la derecha.) Veamos... (Atrayéndolo.) ¿Cómo ha sido eso? Un caballerito como tú no debe hacer las tonterías de los niños mal educados y poco inteligentes... ¿No te da vergüenza?... ¿Qué te hizo para que le sacaras la lengua?

MIGUEL Se puso á hablar de enfermedades...

CELESTE ¿Y qué tiene que ver...?

MIGUEL Y entonces le pregunté si era doctora, y me contestó que sí... (Á Serafina.) Esa es testigo de que me dijo que sí...

CELESTE Bueno, adelante.

MIGUEL Y entonces yo le saqué la lengua... como tú me has enseñado.

CELESTE ¿Como yo te he enseñado? (Estupefacta.)

MIGUEL Sí, señora; porque siempre que viene el doctor, me dices: «Vamos, Miguelito, saca la lengua.» (Celeste y Serafina sueltan la risa.) Y yo creí que con la *doctora* (Señalándola.) había que hacer lo mismo!

CELESTE (Á Serafina, dando á Miguel un golpe cariñoso en la mejilla.) Es muy bandido... pero hay que perdonarlo por gracioso.

SERAF. Sí, señorita, déle Vd. cuerda, y ya verá!...

(Sube hacia el hogar y retira del fuego el tacho de dulce.)

M. L. Que te cuente lo del nido, á ver si te hace gracia!

CELESTE (Levantándose.) El tribunal suspende la audiencia y por hoy no admite más acusaciones. (Á Serafina.) Ese dulce debe de estar en su punto; ponlo ahí para que se enfríe... ¿Estos niños han tomado ya su leche?

SERAF. Todavía no, señorita. No son las cuatro. (Pone el tacho sobre la mesa, tapándolo.)

MIGUEL Yo no tengo ganas, tiíta.

M. L. Perdónanos por hoy, Celestonga!

CELESTE No, señor. Hoy no transijo. No han almorzado, y se me están poniendo cada vez más flacos y débiles. Serafina, sírveles aquí, en esta mesa. (Serafina sale por la derecha y vuelve poco después con un jarro de leche, dos vasos grandes y un bizcochuelo en un plato.)

M. L. Pero si no tengo ganas!... Y siempre la misma cosa! (Haciendo como que lloriquea.) La leche me repugna!

MIGUEL Y yo le tengo una rabia! (Con expresión de asco.)

CELESTE En esto sí que no me ablando! No quiero que se consuman. (Entra Serafina.) Aquí está todo. Vamos, niños, á sentarse y no poner caras de víctimas. Y Vd., Serafina, vaya á ver si la señora necesita algo, y quédese por allá, mientras yo vigilo y meto en vereda á estos jóvenes. (Vase Serafina por la izquierda.)

ESCENA V

CELESTE, sentada á la mesa, en la punta del banco. MIGUELITO y MARÍA LUISA sentados enfrente

M. L. (Toma unos sorbos de leche y deja de beber.) Celestonga, dame bizcochuelo.

CELESTE (Cortando el bizcochuelo.) Á condición de que tomes toda la leche.

M. L. No quiero más!

MIGUEL Nos empalaga!... (Sin dejar de beber.)

CELESTE Ya se ve. (Á María Luisa.) Hay que ser condescendientes... Vamos, transigiremos. Por veinte tragos más, te sigo contando aquella historia del jorobadito que quedó interrumpida anoche...

M. L. Veinte tragos es mucho.

CELESTE Bueno: serán quince. Vamos: empieza.

M. L. No, señora. Empiece Vd.

CELESTE ¿En qué habíamos quedado?...

M. L. En que el pobre jorobadito se escapó de la casa del hombre malo que le pegaba siempre...

MIGUEL Y en que lo llevaron preso, porque dormía, como los *atorrantes*, en los bancos de las plazas.

CELESTE Eso es. Y ahora viene lo más patético. «Pues, señor... el pobre jorobadito, cuando se vió en la cárcel, lloró, lloró mucho, acordándose de su mamá y de su tía, que

lo mimaban tanto...» (Interrumpiéndose, á María Luisa:) Pero, ¿bebes?

M. L. (Con la taza en la boca, hace una seña afirmativa.)

CELESTE «El comisario, al verlo tan triste, tuvo lástima del pobrecito, y le preguntó cariñosamente: «¿Cómo te llamas?...» Y el jorobadito, que estaba muy bien educado, le contestó: «Emilio Fernández, para servir á Vd.»

MIGUEL Pues era un gran embustero el jorobadito ése!

CELESTE ¿Por qué?

MIGUEL Porque anoche nos dijiste que se llamaba Esteban. ¿No es verdad, María Luisa?

M. L. Sí; Esteban Rodríguez.

CELESTE ¡Ah!... es cierto. Pero, según parece, no quería que se supiese su verdadero nombre... porque entonces le habrían ido á avisar á su madre enferma... y ésta se habría avergonzado mucho al saber que estaba preso.

MIGUEL Pero si él no tenía la culpa!

CELESTE Si me interrumpes á cada paso, no acabaremos. (Continuando.) Pues bien: el comisario, que era un buen hombre, le dijo: «¿Tienes hambre? ¿Te sientes débil? Quieres tomar algo?» Y el jorobadito, que estaba muy pálido, muy pálido, le contestó: «Sí, señor, hace dos días que no como.»— «Pide lo que quieras.» — Y entonces el jorobadito dijo: «Gracias, señor, y que Dios se lo pague. Que me traigan...»

MIGUEL Un helado!

CELESTE «... un vaso de leche... Porque el jorobadito, para ser en todo un niño perfecto, no tomaba más que leche...» (María Luisa, á hurtadillas, derrama el contenido de la taza.)

MIGUEL Parecería un ternerito!... (Vivamente.) Celeste! Celeste!

CELESTE Qué hay?

MIGUEL María Luisa está haciendo trampas!...

M. L. Yo? (En voz contenida.) Acusón!

MIGUEL ¡No ves si es pícara!... Hace como que bebe... y está echando la leche debajo de la mesa!

M. L. Embustero!

CELESTE Bueno: se acabaron las historias. Están Vds. insoportables. (Se levanta y va á sentarse junto á la mesa de la izquierda con aire enfadado.) Tómese una el trabajo de cuidarlos, de mimarlos, de adivinarles el pensamiento, para recibir esta recompensa!... El señorito escandaliza la casa, y la señorita se permite desobedecer!... ¿Qué dirá la madre cuando se mejore?... Que los he perdido á mimos, y tendrá razón. Pero desde hoy, tía Celeste cambia de sistema... (Miguelito y María Luisa se acercan. El primero se sube á la mesa y se coloca detrás de Celeste, sin que ésta lo advierta; la segunda, de pie y cabizbaja, pretende tomarle la mano, que Celeste retira.) Nada de caricias; nada de besos; nada de ternezas... Ya van á saber quién soy... cuando me enojo.

MIGUEL (Abrazándola por sorpresa.) Nada de besos... (La besa repetidas veces.) Toma!... toma!... toma!

CELESTE (Defendiéndose.) Ay!... me has asustado. (Se levanta.)

M. L. (Tomándole la mano.) Si nos perdonas... te juro....

MIGUEL (Rápido.) El Catecismo no quiere que se jure!

M. L. Te prometo ser una santa.

MIGUEL Ya lo creo que te perdona!... (Á Celeste.) Si no, desmentirías á Máximo, que siempre está con que eres... ¿cómo es que dice?... más buena «que una madre»!

M. L. Y la verdad es, Celestonga, que pareces la mamá de todos.

CELESTE (Sonriendo.) Sí, por lo vieja.

MIGUEL (Volviéndola á abrazar). Vieja?... Si estás cada día más buena moza!

M. L. (Parándose en una silla para poderla besar.) Y más *rica!*

MIGUEL Y más simpática!

M. L. Y sino... que lo diga Máximo!

CELESTE Basta, basta... ¡Pícaros aduladores!

ESCENA VI

DICHOS, ERNESTO y MÁXIMO, por el fondo

MÁXIMO (Deteniéndose en la puerta, encantado.) Esto es un verdadero asalto!

ERNESTO Pero, niños... ¿se han vuelto locos?

M. y M. L. (Saltan al suelo y van al encuentro de Ernesto.) Papaíto!... Papaíto! (Le toman las manos y se las besan.) Como Celeste es tan buena! (Ernesto se sienta en el banco á la derecha.)

MÁXIMO (Á Celeste, dándole la mano.) Laudatoria de serafines; justicia proclamada por la inocencia...

CELESTE (Riendo.) Estribillo fastidioso que me suena á burla... ¡Si no fuera porque me quieren tanto, creería á veces que se ríen de mí! Á ellos les perdono la exageración por el afecto que me tienen, pero á otros... (Amenazando con el dedo.)

MÁXIMO Á *todos* disculpará Vd. entonces, porque *todos* pueden invocar la misma atenuante del cariño.

CELESTE Exagerado!

MÁXIMO Soy justo!

ERNESTO (Á los niños, que se habrán sentado sobre sus rodillas.) ¿Cómo sigue mamita?

M. L. Mejor. Ahora duerme...

ERNESTO Y Vds... ¿se han portado bien durante mi ausencia?

MIGUEL (Mira á María Luisa, sin saber qué responder. María Luisa baja la cabeza.) Que lo diga Celeste!

CELESTE (Acercándose.) Se han portado admirablemente. (Máximo contempla el cuadro desde la izquierda.)

ERNESTO No han hecho rabiar á la tía?

CELESTE Qué desatino!

ERNESTO Han incomodado á la madre?

CELESTE En nada.

ERNESTO Han hecho sus deberes?

CELESTE No... porque yo no los he dejado... Pero ahora irán á la glorieta, donde nadie los incomodará, y en un momento... ¿no es verdad?... Miguelito aprenderá su fábula y María Luisa hará su traducción del inglés.

MIGUEL La fábula?... Si ya casi la sé!... (Recitando.)

Dijo el laurel altivo (Muy rápido.)
Á la triste y modesta siempreviva:
Si eres... Este... *la flor...* Este... (Recordando trabajosamente.) *para quien solamente en este mundo yo vivo...* (Todos ríen.)

ERNESTO Eso no es un verso: es una cascada!

MÁXIMO Por lo menos es un verso medido con un elástico muy complaciente.

CELESTE (Riendo, á Miguelito). Te hacen falta aún dos ó tres repasos. (A María Luisa.) Vamos, señorita, á hacer esa traducción, y á ponernos en facha de recibir gente... Miguelito, pídele á don José que corte unas flores para adornar el comedor. Te esperamos en la glorieta. (Miguelito se va corriendo por el fondo.) Traes tu Ollendorf? (Á María Luisa, quien recoge el libro que trajo al principio.) Y Vds. podrán entretenerse curioseando los secretos de mi laboratorio de dulces... ó admirando el lujo de mi sala de recepción... para mendigos.

MÁXIMO ¿Y Vd. también va á cambiar ese traje? Lo sentiría. Vd. no debe abandonarlo jamás. Es azul y severo como su espíritu. Es en cierto modo el uniforme simbólico de su profesión de santa.

CELESTE ¡Jesús! Cuánta galantería!... Pues, no señor: no me lo cambio. Para qué? Nunca me ha dado por la presunción, y tenerla ahora, sería tan ridículo como tener á la vejez viruelas.

MÁXIMO Esa alusión á la edad es intempestiva.

ERNESTO Sí, que nos molesta. Piensa en que somos tus contemporáneos!

MÁXIMO No es eso: es que está Vd., como todas las cosas verdaderamente grandes, bellas y buenas, por encima de la acción destructora del tiempo. Si vive aún por grande el verso de Homero, y por hermoso el mármol de Praxíteles, y por buena la verdad de Cristo, ¿por qué no ha de ser Vd. también eternamente joven?... La veo á Vd. hoy, como la veía hace diez años, y aún leo en sus ojos y en sus labios más juventud que entonces: la juventud de ideas y sentimientos superiores que consiguen ahora plena florescencia en los internos jardines de su espíritu...

CELESTE (Riendo, á Ernesto.) Oyes esto?.. El poeta está hoy más poeta, es decir, más loco que nunca...

ERNESTO Se deja arrastrar por la metáfora, pero en el fondo tiene razón...

CELESTE ¿Se han propuesto Vds. avergonzarme?... Me harán poner colorada!... Miren Vds. que es maldad la de burlarse así de una pobre mujer que no hace mal á nadie!

(Vase, con María Luisa, por la izquierda.)

BIBLIOTECA NACIONAL MONTEVIDEO

ESCENA VII

MÁXIMO, ERNESTO

MÁXIMO (Después de una pausa y siguiendo á Celeste con la mirada.) ¡Qué mujer!

ERNESTO (Liando un cigarrillo.) Única.

MÁXIMO Encarnación de bondad, abnegación y sacrificio; consorcio ideal de inteligencia y sentimiento...

ERNESTO Tienes razón. Es un mirlo blanco, la solterona *simpática*. ¡Caso de observación y de estudio para un psicólogo eminente como tú!

MÁXIMO Solterona!... ¿Por qué emplear el término denigrativo que sólo debe aplicarse á las que no han podido ó no han sabido hacerse amar?... Di más bien una *altiva* que no ha querido humillarse al nivel de sus pretendientes vulgares; una *independiente* que ha preferido el aislamiento augusto de su soltería, al consorcio con el hombre indigno de ella, que reduciría la sublimidad del cariño á ese contacto banal de epidermis de que habla Chamfort. Bella, rica, abnegada, Celeste es un ser de excepción que todos han deseado y nadie ha conseguido. Por eso, porque se exhibe *sola* entre las demás mujeres, es que me apasiona y me seduce. Para un ánimo fuerte no cabe mayor gloria que vencer la imposibilidad que á otros aleja, pero he

contado por demás con mis fuerzas al comenzar la lucha. Á medida que avanzo, parece que me separan de ella mayores dificultades... Está tan alta, tan alta!... tan por encima de mi esfuerzo!

ERNESTO Mira, Máximo: eres sencillamente ridículo.

MÁXIMO Lo sospecho.

ERNESTO Tienes cincuenta años y hablas como un adolescente romántico. ¡Tú, un hombre célebre! ¡Tú, el pensador eminente, el poeta inspiradísimo que ha conseguido, con la eficacia de su genialidad, las dos recompensas supremas: la gloria y la fortuna!... ¡Cómo se reirían de ti, si pudieran oirte, las muchas admiradoras que tiene tu famosa penetración para descifrar enigmas del corazón femenino!... Lo que acabas de decir, podrá ser de efecto en uno de tus libros, pero resulta hasta cursi en la vida real.... Escribirlo para el público, sería «pulsar la lira»... ¡decírmelo á mí, á solas, es «tocar el violón»!... Ya ves si hay diferencia... por más que, en honor de la verdad, lo toques mejor que el mismo Bottessini!

MÁXIMO ¿Qué sabes tú lo que deseo, lo que pienso, lo que pretendo?

ERNESTO Sé que quieres á mi hermana; sé que la cortejas hace tres años; sé que estás por declararte hace dos; sé que mi hermana tiene cuarenta cumplidos, y sé que por lo tanto no puede esperar. Y yo tampoco (Levantándose y palmeándole el hombro cariñosa-

mente.), pues mi deseo más íntimo, como sabes, es consolidar la vieja amistad que nos une, por estrechos vínculos de parentesco. Mi fórmula respecto al porvenir de Celeste siempre ha sido: «Á gran hermana, gran cuñado!...» ¿Quién más grande que tú, por méritos, por apellido, por fortuna? Pues ya que tanto eres, no extrañes que me agarre á ti con todas mis fuerzas, y que no te deje escapar por ninguna de las tangentes de tu cobardía ó de tu falta de mundo.

MÁXIMO (Sonriendo.) Sí, todo eso está muy bien; pero comprenderás que ni ella ni yo podemos jugar al amor con el fuego y el aturdimiento de dos chiquillos, y que las eficaces, pero perniciosas malicias del *flirt* vulgar, nos están vedadas. Estamos ella y yo en una hora melancólica y solemne de la vida; en ella y en mí el amor tiene que ser á la vez melancolía y solemnidad. No puedo preguntarle el secreto de su alma, porque preguntar sería duda, recelo, desconfianza: debo *saberlo* por mí mismo. Y cuando lo sepa no habrá necesidad de palabras inútiles entre nosotros; una mirada, una sonrisa... ¡qué sé yo!... el más insignificante apretón de manos, nos anunciará á los dos que nos hemos comprendido.

ERNESTO Y qué te falta saber?... Si te quiere?...

MÁXIMO Es claro.

ERNESTO (Riendo.) Pues no ha de quererte!... Serías la excepción. Celeste es una maniática del cariño. Su corazón es como un enorme pan de Navidad: por más tajadas que reparta, siempre quedará alguna para el último que llegue... Oye mi consejo: háblale cuanto antes. De seguro que tiene más prisa que tú.

MÁXIMO (Vivamente.) ¿Por qué lo supones?...

ERNESTO Hombre!... porque tiene cuarenta años... y á esa edad la mujer no puede perder días, ni horas, ni minutos. Háblale aquí ahora mismo, cuando venga...

MÁXIMO Tengo miedo, como siempre que he estado próximo á una gran ventura. Si se disipara... sería tan grande el dolor!

ERNESTO (Convencido.) Capitulará en seguida.

MÁXIMO ¿Cómo puedes asegurarlo?

ERNESTO ¿No ves que tiene canas?

MÁXIMO Y eso ¿qué?... Le sientan admirablemente.

ERNESTO Pues en la soltera más refractaria al amor, las canas son la blanca bandera de parlamento que dice al enemigo: «Ya no puedo más!... Me entrego!»... Silencio: ahí viene.

ESCENA VIII

DICHOS, CELESTE, por la izquierda

CELESTE (Á Ernesto.) Angustias acaba de preguntar por ti. Parece que está hoy menos nerviosa. Es necesario que insistas para que tome el tónico. Se niega á él, porque es amargo, y es lástima, puesto que le aprovecha. (Á Máximo.) Vd., naturalmente, comerá hoy con nosotros?

MÁXIMO Si Vds. no tienen inconveniente...

CELESTE ¿Lo dirá Vd. en broma?...

ERNESTO Bueno; se quedan Vds. solos... Te prevengo, hermana, que Máximo tiene que hablar contigo de cosas importantes... casi solemnes... (Gesto de Máximo.) Como nuestro viejo amigo es la timidez en persona, tírale un poco de la lengua. (Á Máximo.) Y en cuanto á ti... te recomiendo que abandones el sistema telegráfico... porque si Celeste se empeña en no entender la clave, corremos peligro de morirnos antes de que todo se solucione como deseamos...

CELESTE ¿Pero estás hablando en griego? (Á Ernesto.) ¡Ah!... dile á Serafina que venga. (Vase Ernesto por la izquierda.)

ESCENA IX

CELESTE Y MÁXIMO

CELESTE Hay alguna novedad? (Pasa á la derecha y se arrodilla junto al pozo, para arreglar las plantas.)

MÁXIMO Ninguna.

CELESTE Pero algo tiene Vd. que decirme.

MÁXIMO Sí, pero no es novedad. (Con intención.) Es *algo* que le estoy diciendo á Vd. constantemente, en todos los momentos de mi vida, sin interrupción y sin cansancio. (Acercándose.) Si Vd. fuera una mujer vulgar, fingiría ahora la mayor sorpresa, y aprovecharía todas las artes de la malicia femenina, para representarme la comedia de su completa ignorancia... Pero Vd. es única, por lo franca y sincera, y por eso me atrevo á preguntarle: — ¿Sabe Vd. á lo que me refiero? (Pausa.)

CELESTE (Sencillamente.) Sí: lo sé.

MÁXIMO (Aproximándose más.) Gracias. Lo confieso: me ha ahorrado Vd. un momento difícil. Yo, que tantas veces he sabido ser elocuente, no habría encontrado una frase para condensar mi sentimiento. La palabra resulta mísera para expresar una emoción tan sincera como la mía... Pero Vd. comprende lo que callo, y porque es Vd. la única mujer capaz de interpretar toda la poesía, toda la ternura y toda

la veneración de mi silencio, es que la admiro con todo mi pensamiento y la adoro con toda mi alma... (Pausa.) Qué me responde Vd.?

CELESTE Que estamos los dos muy viejos para hablar de estas cosas. (Alcanzándole una maceta.) Vea Vd....

MÁXIMO (Sorprendido.) ¿Qué es?... Una planta marchita. Le falta riego.

CELESTE No, señor, no le falta, porque la riego yo misma de mañana y de tarde. Está triste, está mustia, y por más que hago, sus hojas se achicharran, sus flores se secan, sus tallos languidecen... ¿Y sabe Vd. cuál es el mal de esta enfermita?... Que ha envejecido, que está pasada de estación, y que no resiste á los primeros fríos del Otoño. Nosotros, amigo mío (Levantándose y dándole la mano.), estamos en el mismo caso: hemos perdido la esperanza de todo nuevo florecimiento, y en vano es ya que soñemos con el Amor, que es Vida. Resignémonos, — ya que según Vd. somos seres excepcionales, — á acabar hermosamente nuestra vida como esos árboles solitarios que dan generosos, al cierzo que pasa, con sus últimas hojas amarillentas, los últimos perfumes y las últimas galas de su antigua y hospitalaria frondosidad!... (Alegremente.) Y ahora, amigo Máximo, ayúdeme Vd. á regar mis plantas. Pobrecitas!... Que vivan siquiera algunas horas más. (Toma el balde.)

MÁXIMO ¡Si eso es lo que pido! Riego de cariño

para prolongar la vida desfalleciente de nuestras últimas ilusiones y de nuestras últimas esperanzas... (Ayudándola á tomar el balde.)

CELESTE Quítese los guantes, ó los va á poner á la miseria.

MÁXIMO (Quitándoselos, mientras Celeste espera apoyada en el balde colocado sobre el brocal.) Sí: vengo aquí, fatigado y sediento, á reposar como Jesús junto al pozo de Jacob. Y en Vd. veo á la buena Samaritana que, apoyada en su cántaro...

CELESTE (Riendo.) En un simple cubo, señor poeta.

MÁXIMO ... sonríe incrédula, al oir la dulce súplica del Maestro. — « Cómo me pides de beber á mí, que soy de Samaria? » — pregunta. Y el Maestro contesta, — recuérdelo Vd.: — (Con intención.) « Si conocieras á quien te ruega, le pedirías á tu vez que te diera á beber el agua de la Vida! » (Toma el balde y empieza á regar las macetas.)

CELESTE ¿Y cree Vd. que no conozco á quien me ruega?... Quizás tenga Vd. razón. Lo creía sin defectos, y ahora le descubro uno: es presuntuoso.

ESCENA X

DICHOS, SERAFINA, por la izquierda

SERAF. Señorita, ¿me llamaba? (Máximo vuelve á volcar el balde sobre el pozo.)

CELESTE Sí. Mira: lleva ese dulce á la despensa, para envasarlo en cuanto esté frío. (Serafina toma el tacho.) Ah! Se me olvidaba... Hoy no es jueves?

INSTITUTO NACIONAL DE INVESTIGACIONES Y ARCHIVOS LITERARIOS

SERAF. Sí, señorita: el día de sus pobres.

CELESTE Pues trae de mi cuarto el envoltorio de las ropas y un paquetito que debe de estar sobre el velador. (Serafina sale por la derecha. A Máximo.) Dispénseme Vd.... Decíamos...

ESCENA XI

MÁXIMO, CELESTE

MÁXIMO Me ha llamado Vd. presuntuoso, y tiene razón. Yo no he venido á preguntarle á Vd. tímidamente: — «Me ama Vd.?»; he venido á afirmar seriamente esta verdad: — «Nos amamos hace tiempo!»... Porque á nuestra edad el amor ha dejado de ser fuego violento ó ímpetu bravío, para convertirse en una síntesis de estimación y de confianza, mezclada quizás á un poco de egoísmo y de cálculo. Y Vd., que es la Razón personificada, ha comprendido que soy quien puede hacerla feliz...

CELESTE Si ya lo soy!

MÁXIMO Más aún!... y quien puede completar su vida sin perturbarla. Por eso afirmo que Vd. me *quiere:* porque soy quizás el único hombre en cuyo brazo se apoyaría Vd. confiada y segura...

CELESTE Cómo sabe Vd. eso?

MÁXIMO He estado tanto, tanto tiempo, ansioso como un mendigo que espera, junto á la puerta cerrada de su corazón... que no es de extrañar si á fuerza de aplicar el oído

me he enterado de lo que pasa dentro!... Pero, niega Vd. lo que afirmo?

CELESTE No lo niego... porque no sé mentir.

MÁXIMO (Tomándole la mano y besándosela.) Ah! Celeste!... ¿Será que por fin se abre esa puerta á la cual he llamado tantas veces?

ESCENA XII

DICHOS, MARÍA LUISA (por el fondo, con un cuaderno)

M. L. ¡Celestonga, Celestonga!

CELESTE (Retirando la mano y nerviosa.) ¿Qué hay?... ¿Concluiste la traducción?

M. L. Hay una palabra que no entiendo y que no está en el Diccionario.

MÁXIMO Qué palabra es?

M. L. (Pasando entre Celeste y Máximo.) *Butterfly-kiss.*

MÁXIMO Pues la traducción es sencilla: *Butterfly* es...

M. L. *Mariposa.*

MÁXIMO Y *kiss,* beso. La palabra compuesta significa: un beso ligero, suave y rápido como el de una mariposa. (Bajándose para besarla en la frente.) Por ejemplo: éste.

M. L. (En voz baja.) Ó como el que acabas de dar á Celeste en la mano. (Vase riendo hacia el fondo.)

MÁXIMO ¡Qué pícara!

CELESTE *Dearling: Y want also a Butterfly-kiss!*

M. L. *Yes, my little aunt!* (Corre á ella, le da un beso, y vase por el fondo.)

ESCENA XIII

CELESTE, MÁXIMO, luego SERAFINA

CELESTE Vió?

MÁXIMO Vió.

CELESTE Qué imprudente!

MÁXIMO Sí, confieso que he obedecido á un impulso tal vez impropio; pero si hay culpa... ¡es tan fácilmente reparable!...

CELESTE No comprendo.

MÁXIMO Bastará con anunciar á todos el día de nuestra próxima boda. (Va á sentarse junto á la mesa de la derecha.)

CELESTE De nuestra boda? (Sonriendo.) ¡Pobre amigo mío!... ¿Aun piensa Vd. en semejante locura?

MÁXIMO (Sorprendido.) Pero no me acaba Vd. de confesar?...

CELESTE (Se sienta frente á él.) Sí, que es Vd. el hombre que más confianza, más estimación y más afecto me merece. Si pudiera creer que el matrimonio es una solución para nosotros, no vacilaría en tenderle mi mano, y en decirle: «Haga Vd. correr las amonestaciones...» Pero nuestro matrimonio, amigo mío, es imposible. Pensar en él es cosa ridícula. (Viendo que la mira asombrado.) Sí, ridícula, ridícula. ¿Tendré que demostrarlo?... Pues bien, señor poeta, dígnese Vd. por un momento descender de esas

nubes entre las cuales habita, y atienda á razones quizás un poco pedestres, pero que son demostrativas y claras. Figúrese Vd. que somos dos viajeros...

MÁXIMO Todos lo somos: vamos siempre *hacia algo.*

CELESTE Y que estamos en un tren que corre, corre, corre á todo vapor...

MÁXIMO (Sonriendo.) Eso no es pedestre: es simbólico!... El tren de la Vida!... Unos van en expreso y en viaje de placer; otros, menos afortunados, en tren de pesada carga; otros, los que no tienen interés en mirar por las ventanillas, van en *sleeping car,* y hacen el viaje durmiendo.

CELESTE Pero nosotros somos de los que quieren y saben *ver por las ventanillas.* Pues bien: Vd. es mi compañero de viaje, y me dice: «Esos paisajes que la divierten, esos tranquilos y sonrientes horizontes que tanto la seducen, nada valen. ¡Ya verá Vd. maravillas cuando lleguemos á la estación de *Nuestras Bodas!*... ¡Allí sí que hay hermosuras y magnificencias!... En ese paraje es donde reside la única Felicidad, y no pueden imaginarse perspectivas más halagadoras, ni más dulces realidades de cariño.» Y Vd. sigue con esa cantilena, *patatín, patatán,* ponderándolo todo, con esa brillantez de imaginación y esa irresistible elocuencia que Dios le ha dado. Yo, como es natural, me dejo seducir por un instante; mas, siempre positiva y práctica,

busco en la guía del ferrocarril si falta todavía mucho para llegar á esa tierra de promisión que Vd. me ofrece. ¡Oh desengaño! ¿Sabe Vd. lo que me dice la guía?

MÁXIMO Dirá... que la ansiada estación está próxima...

CELESTE Dice que hemos pasado, sin advertirlo, por delante de ella!... dice que la hemos dejado muy atrás!... dice que hemos perdido, y para siempre, la ocasión que tuvimos de ser felices!... (Á Serafina, que entra por la derecha con el atado de ropa y el paquetito.) Serafina, arregle Vd. la ropa sobre aquella mesa. (Serafina abre el envoltorio y coloca la ropa sobre la mesa de la izquierda, en diferentes montones.) Dispense Vd., amigo mío, pero mal día ha elegido Vd. para hablarme de estas cosas. Hoy me debo á mis pobres, y le advierto que no me dejarán en paz.

MÁXIMO Tiene Vd. razón. No la dejaremos.

CELESTE ¿Vd. tampoco?...

MÁXIMO ¿No soy su primer mendicante?

ESCENA XIV

DICHOS, la MENDIGA 1.ª, por el fondo

MEND. 1.ª (Cruza el jardín con paso lento y se apoya en la puerta del fondo. Voz exageradamente plañidera.) Ave María Purísima!

CELESTE Buenas tardes, doña Isabel... (Señalándole un banco del fondo.) Espere Vd. un momentito.

MEND. 1.ª Ay, hija! Esperaré. Pero... (Suspirando.) ¿no sabe lo que me pasa, señorita Celeste?... Mi Rafael, el mayor, está ya en las últimas...

CELESTE ¿Cómo es eso?... Si el doctor me dijo ayer...

MEND. 1.ª Ay, hija! No haga Vd. caso á los doctores, pues todos — con perdón sea dicho — son unos bestias. Aunque sostengan que mi hijo está mejor... no lo crea. Se me muere. Le estoy viendo concluir poco á poco... Ay, hija! Qué desgraciadas somos las pobres!... Es el único que me ayudaba... — porque los otros hermanos son unos perdidos — y á ése, precisamente, se lo lleva Dios... ¡Qué le hemos de hacer!... (Suspirando.) ¡Cúmplase su voluntad!... (Transición.) Hija: no podría hacer que me trajeran una taza de caldo?... porque desde ayer no pruebo nada y estoy pasada de debilidad...

CELESTE (Á Serafina.) Déle Vd. una taza de caldo... Doña Isabel, siéntese en aquel banco y la servirán en seguida.

MEND. 1.ª Ay, hija!... Dios se lo pague, que es Vd. más buena que todas las santas del cielo puestas en montón... (Vase á sentar en el banco.)

CELESTE Bueno, bueno... (A Máximo.) Pobre mujer! (Serafina sale por la derecha.)

MÁXIMO Por demás quejumbrosa, para ser sincera. En todo caso, finge bien... Pero, volviendo á nuestro asunto...

CELESTE ¿Insiste Vd. todavía?

MÁXIMO Todavía y siempre!... ¿Por qué dice Vd. que perdimos definitivamente la ocasión de ser felices? Quizás porque estamos en la época de nuestra madurez?... ¿Qué importa que el cuerpo haya envejecido, si el sentimiento y la idea continúan siendo jóvenes? (Serafina cruza la escena, con la taza de caldo; va hacia el fondo, se la entrega á la Mendiga 1.ª y queda de pie, esperando.)

CELESTE Qué ilusión!... ¿Sabe Vd. lo que somos?... Dos grandes *culpables*.

MÁXIMO (Sonriendo) Nosotros?...

CELESTE Culpables ante el Amor.... No lo hemos sentido, ni acatado, cuando era nuestro deber hacerlo... Aunque soy una pobre mujer sin entendimiento, no se me oculta que hay una época para las almas, en que el Amor no es sólo una necesidad, sino un *deber* de la vida... Es la época en que al Amor debe darse en ofrenda lo más puro, lo más santo, lo más honesto que hay en nosotros. El Amor pudo exigir á nuestra juventud sus candores, sus ilusiones, sus esperanzas, sus sueños; pero nuestra juventud se rebeló contra él, y se negó á pagar el tributo. Vd. pensaba en sus libros, en crear ideas, en lanzarlas, con vida propia, por el mundo; yo, menos ambiciosa, me dediqué á cultivar en torno mío, humildes, pero duraderas simpatías... Ahora, á los cincuenta años, se acuerda Vd. de implorar al Amor; pero, ¿qué podemos ofrecerle para que nos sea propicio?...

Vd., sus desencantos de hombre que ha agotado sus fuerzas en la lucha; yo, mi tristeza de mujer que ha estado siempre en contacto con el sufrimiento ajeno. Son pobrísimos dones, Máximo. (Tristemente.) No se compra con ellos la felicidad, y menos á estas horas. Nuestros corazones han hablado demasiado tarde...

MÁXIMO Se equivoca Vd... Ni Vd. es la tristeza, ni yo soy el abatimiento. Del contacto con la ajena desventura, ha nacido en Vd. la alegría de poder consolarla; de la lucha infatigable, ha nacido en mí, por lo menos, la satisfacción del deber cumplido. Juntemos esa alegría y esa satisfacción, y nuestro amor, que no puede tener ya los esplendores y el fuego de un mediodía, será poético y sereno como esa hermosa tarde de Otoño que ahora comienza! (Le toma la mano.)

CELESTE (Levantándose.) Tentador!... (Viendo entrar á la Mendiga 2.ª) Buenas tardes, Pilar.

ESCENA XV

DICHOS, la MENDIGA 2.ª al fondo, con un gran manojo de flores sueltas en la mano.

MEND. 2.ª (Se deja caer sobre el banco; tiene un golpe de tos. Luego, con voz desfallecida.) Buenas tardes.

CELESTE ¿No hará demasiado fresco en el jardín?... Entra.

MEND. 2.ª No gracias. Estoy bien (Tose de nuevo. Sera-

fina vuelve con la taza vacía y la deposita sobre la mesa de la derecha).

CELESTE Cómo te sientes?

MEND. 2.ª (Ahogando la tos.) Mucho mejor... Ya no toso tanto...

CELESTE (Á Máximo, en voz baja). Pobre muchacha!... Tiene perdidos los pulmones. (A Serafina, señalándole el paquetito que trajo antes.) Alcáncele Vd. eso... (Á la mendiga.) Es el tónico que te recetaron ayer. Pero hay que tomarlo con gusto, y cuidarse y no trabajar...

MEND. 1.ª Ay, hija!... No trabajar!.... Ese es un remedio que no está al alcance de nosotros, los pobres!

MEND. 2.ª Pero, señorita, si apenas trabajo... no hago más que coser un poco. (Á Serafina, que le entrega el paquetito.) Muchas gracias.

CELESTE Pues ni eso. (Va hacia la mesa de la izquierda y comienza á echar piezas de ropa en el delantal recogido.) Si algo precisas, me lo adviertes... Dice el médico que tienes que cuidarte mucho... y si no lo haces por ti... hazlo por tu hijito, que te necesita...

MEND. 2.ª (Ahogando la tos.) Sí, señorita Celeste; haré todo lo que Vd. me diga... Y Dios se lo pague!

CELESTE (Á Máximo.) Vd. me dispensará. Pero mis pobres son mis tiranos... Ellos antes que todo. En un momento concluyo.

MÁXIMO (Á la derecha, apoyado en la mesa.) Ah! tenemos distribución?... Haga Vd., haga Vd... (Celeste cruza la escena hacia el fondo.) ¿Sabe Vd. á quién me recuerda ahora, con el delantal cargado de limosnas, llevando á los que sufren el consuelo de su caridad y el lenitivo de su afecto?

CELESTE (Deteniéndose). ¿Á quién?

MÁXIMO Á *otra santa:* á Santa Isabel de Hungría. ¿Conoce Vd. su historia?

CELESTE No.

MÁXIMO Pues es curiosa. (Habla de espaldas al fondo, entretenido en la contemplación de una flor que arrancará maquinalmente á una de las plantas que hay junto al pozo. Durante el relato, Celeste reparte las ropas; vuelve hacia la mesa, elige, y va de nuevo hacia el fondo. Serafina la ayuda. Las dos Mendigas dan señales de agradecimiento. La vieja implora cada vez más; la joven se resiste á admitir nuevos regalos. Hágase esta escena mímica con la mayor naturalidad.) Santa Isabel de Hungría era esposa de uno de aquellos landgraves de la vieja Alemania, que la leyenda medioeval nos pinta como ogros feroces, insaciables para la sangre y el vino, valerosos y crueles en la batalla, brutales y groseros en la mesa, después del triunfo. Ella era dulce, buena y abnegada, como que había profesado sinceramente el cristianismo; él, pagano todavía, temblaba tan sólo ante los formidables dioses de la tradición druídica. Ella,—como Vd.,—era toda Compasión y Piedad; él, todo Orgullo y Menosprecio. Ella,—como Vd.,—se complacía en bajar á las cabañas de los necesitados, y en llevarles alimento para el hambre, ropas para el frío, y verdad cristiana para remedio de sus almas tristes; él se lo prohibió una, dos y tres veces, no com-

prendiendo que una reina pudiera preocuparse de las miserias y los dolores de sus súbditos. La santa, que amaba y temía á su esposo, quiso obedecer á la tiránica imposición; mas una tarde de Otoño, —que debió ser melancólica como ésta, — oyendo gemir al viento entre los árboles con la angustia de un niño que sufre y llora, se acordó de la infancia desamparada; viendo, desde sus balcones, cómo rodaban sobre el polvo del camino, juguetes del cierzo, las hojas amarillentas, se acordó de las pobres almas que rodaban por el camino de la Vida, arrebatadas en los torbellinos del Error; viendo languidecer el crepúsculo, que es agonía del color y desfallecimiento de la luz, se acordó de los que agonizaban en la amargura y de los que desfallecían de hambre; y entonces, al sentir invadido su corazón por una gran piedad, escondió entre los pliegues de su falda cuanto encontró á mano: — dinero, joyas, ricas preseas — y bajó por las escaleras del palacio para repartir entre los míseros aquella regia fortuna. (En este momento, la Mendiga 2.ª entrega sus flores á Celeste. Ésta las echa en su delantal. Las Mendigas se despiden y Celeste baja al proscenio á oir de cerca el final del relato. Serafina sale por la derecha.) Pero, por desgracia, la sorprendió el landgrave al salir del palacio, y frunciendo las pobladas cejas, le dijo con ronca voz: — «Adónde vas, señora?» — La pobre reina, temblando de

miedo, contestó: — «Al jardín.» — «Y qué llevas ahí, como una ladrona?» ... La santa se sintió morir, y por primera vez manchó el embuste sus labios. — «Llevo rosas, mi señor y dueño.» — «Mientes!» — exclamó iracundo el esposo (porque había pasado, y con mucho, la estación de las flores.) Y, con un movimiento brusco tiró de la sobrefalda. Pero Dios quiso que fuese verdad la forzada mentira de la santa, y al desplegarse el vestido, se operó el más poético de los milagros: en vez de oro y pedrería, cayó al suelo una lluvia perfumada de rosas... Al contemplarla á Vd. ahora, se me ocurre que el milagro de santa Isabel puede reproducirse con santa Celeste, y que al buscar Vd. cualquier día la limosna entre los pliegues de su delantal, va á encontrar...

CELESTE (Sonriendo.) ¿Un manojo de rosas? (Soltando las puntas del delantal y dejando caer las flores.) Ahí lo tiene Vd.

ESCENA XVI

CELESTE, MAXIMO. (Durante esta escena obscurece gradualmente, como si se acercara el crepúsculo.)

MÁXIMO (Arrodillándose para recoger las flores.) Es Vd. la encarnación suprema de la Gracia... Y aquí de rodillas, como ante una diosa, permítame que la implore por última vez!... Haga Vd. — ya que puede tanto — el mi-

lagro de que su corazón desborde, repentinamente, con las flores de un nuevo é intenso cariño... Sea Vd. mía, mía para siempre... ¡oh suprema Poesía de la Bondad! Mi vida ha sido una continua ascensión para acercarme á Vd.... Al llegar á la cumbre anhelada... tiéndame Vd. la mano, Vd. que está en lo alto, en vez de empujarme hacia el descenso!...

CELESTE (Enternecida, vacilante, inquieta.) Por Dios, Máximo, levántese Vd.... pueden sorprenderlo en esa ridícula postura...

MÁXIMO ¿Qué importa?... Estoy recogiendo estas flores... Contésteme Vd.

CELESTE (Viendo á Miguelito y María Luisa, que, cariñosamente abrazados, los contemplan desde el jardín.) Levántese Vd., por Dios!... (Volviéndose al fondo.) Niños! niños!

ESCENA XVII

DICHOS, MIGUELITO y MARÍA LUISA, que corren á abrazar á Celeste

M. L. ¿Nos llamabas, tiíta? (Máximo se levanta.)

CELESTE ¿Por qué no entraban?

MIG. Porque papá nos dijo que Vds. tenían mucho que hablar y nos prohibió que los incomodáramos.

CELESTE (Á María Luisa) Has concluído la traducción, preciosa? (María Luisa hace una seña afirmativa. A Miguel.) Y tú, sabes tu fábula?

MIG. Todita; sin una falta. ¿Quieres que la recite?

MÁXIMO ¿Á ver? á ver?

MIG. (Miguel avanzando hacia el centro, tose y comienza á recitar:)

EL LAUREL Y LA SIEMPREVIVA

(FÁBULA)

Dijo el Laurel altivo
á la triste y modesta Siempreviva:
«Si eres la flor para quien sólo vivo,
¿por qué mostrarte á mi pasión esquiva?
Es mi porte arrogante,
són limpios y preclaros mis blasones;
ciño la sien triunfante
del que es capaz de conquistar naciones!
Del Poeta en la frente simbolizo
la caricia y el premio de la Gloria...
¡Unamos mi grandeza con tu hechizo,
símbolo bello de eternal memoria!
Nuestro vínculo fuerte
propicio al numen de los fuertes sea;
¡podrá más el Renombre que la Muerte!
¡sobre el Olvido vencerá la Idea!»
La triste siempreviva
quedó un instante muda y pensativa;
mas por fin respondió, tomando aliento:
«Señor Laurel: lo siento,
pero no puede ser, aunque me tilde
de loca y caprichosa.
Usted ama á los fuertes; yo al humilde.
Usted luce en el trono; yo en la fosa...
Usted, para el Renombre que se expande,
arcos triunfales viste...
mas, si es usted halago para el grande...
déjeme ser consuelo para el triste!
Usted quiere asombrar al mundo entero
con ecos de la Fama que retumba;
flor de llanto, prefiero
ser, silenciosa, al borde de una tumba!»

BIBLIOTECA NACIONAL MONTEVIDEO

MORALEJA

Contestó á maravilla
al altivo Laurel, la flor sencilla.
Que diversa misión nos dió el Destino,
preciso es que se entienda:
Unos siembran de glorias su camino,
y otros alfombran de piedad su senda!

(Durante esta fábula, Máximo y Celeste cambian rápidas miradas, expresando que han notado su oportunidad. Mientras habla el Laurel, Máximo insiste con el gesto; cuando contesta la Siempreviva, Celeste responde con el ademán. Al final, desaliento de Máximo, y gesto de Celeste, que significa: ¿Lo ve Vd.?)

M. L. (Aplaudiendo.) Muy bien, muy bien!

CELESTE (Atrayendo á Miguelito y besándolo.) Ven aquí, Salvini!... Rossi!!... Novelli!!!

MÁXIMO (Acercándose.) Señora Siempreviva...

CELESTE Señor Laurel?... (Los niños los miran asombrados.)

MÁXIMO Una súplica mía no ha obtenido contestación...

CELESTE La acaba de dar la Fábula.

MÁXIMO Es Vd. cruel!

CELESTE (Tomándole la mano, enternecida.) Oh! No lo diga Vd., se lo suplico, porque me hace daño!... Verle sufrir me haría vacilar... ¿No comprende Vd. que ha llegado tarde, que ya no me pertenezco, que ya no soy *mía?* ¿No me pide Vd. el alma?

MÁXIMO (Con fuego.) Sí, toda, toda!...

CELESTE (Sonriendo.) Egoísta!... Repartida á pedazos la tengo entre cuantos me rodean y me necesitan: estos niños, mis hermanos, mis pobres... Para dársela á Vd. toda, tendría que robarles á ellos su parte... y no puede ser. (Bruscamente á Miguelito.) Miguelito: Máximo quiere casarse conmigo... ¿Qué te parece?

MIG. (Saltando de alegría.) Muy bien!... Bravo!... Tendremos fiesta, y habrá baile, y muchos dulces!

CELESTE (Sentando á María Luisa sobre sus rodillas.) Y tú también, queridita, deseas que me case?

M. L. (Titubea, y de pronto se echa á llorar, abrazando á Celeste.) Celestita!... Celestita!... No te vayas!... no te vayas!

CELESTE (Abrazando á la niña y tendiendo la mano á Máximo.) ¿Lo ve Vd.?... No quieren devolverme el pedazo de alma que puse en ellos... ¿Y para qué casarme... si hasta mala madre sería... porque no sabría querer á mis hijos, más de lo que quiero á los ajenos!

MÁXIMO Entonces... ¿qué nos queda, al llegar á la penumbra de nuestra vida?

CELESTE La resignación. Acuérdese Vd. que pagamos una antigua culpa!

MÁXIMO Nos condenamos á tristeza eterna...

CELESTE (Levantándose.) No, á eso no!... Almas como las nuestras, están por encima de la aflicción: para ellas es que hizo Dios la dulce y serena Melancolía!

CAE EL TELÓN

BIBLIOTECA NACIONAL MONTEVIDEO

Bliseen, Samuel 1867-1909

ADVERTENCIAS

*** Deben hacerse numerosos cortes en el diálogo, al poner en escena esta obra.

*** En la Escena XV, pueden aparecer más de dos mendigos, si el director de compañía lo juzga conveniente.